



Martín Sánchez (1), Gil Galar (2) y Santillán (3), ante el Consejo de guerra, en el juicio sumarísimo.

de pedir cuentas de los fondos del sello "pro liberación de España". Ya parecería lo que no se hubiese empleado en armas. Mientras, los futuros expedicionarios hacían arqueos de sus peculios personales. La mayoría, obreros con buen jornal, dispónia de lo suficiente para el viático. Otros se llevaron hasta el último céntimo que tenían en casa, dejando desamparados a sus mujeres y a sus hijos.

Marcharon primero los delegados que vivían fuera de París, para constituir en sus respectivas localidades "grupos de afinidad" y preparar la incursión en España.

Gil Galar, que salía desalado de la Casa de los Sindicatos, se tropezó en la puerta con Pablo Martín Sánchez, obrero de la fábrica de cemento portland en los alrededores de París. Martín Sánchez pasaba por vasco, porque había vivido con su familia en Sestao, pero era gallego. Tenía cara de afilador, la mirada triste, el bigote copioso y lacio, un hablar entre suplicante e imperativo y una estatura de cerca de dos metros. Sus ventiséis años parecían cuarenta.

—¿Ya estamos en danza, Enrique?—dijo Martín a Gil Galar, con su acento quejumbroso.

Gil Galar, siempre exaltado, le replicó, iracundo: —¿Qué, tú también te acobardas?

Martín Sánchez intentó una sonrisa.

—Yo voy donde vaya el primero. Aunque sea a una muerte segura.

Gil Galar se dirigió, como una exhalación, a una prendería. Y salió con diez fusiles envueltos en una harpillera, sin dejar de correr.

Un guardia de la Paz le detuvo, pero Gil Galar se desasíó y continuó su carrera veloz, dejando los fusiles en las manos del guardia.

LOS FUSILES DE GIL GALAR

Debían partir en diversos trenes unos grupos para irrumpir por la frontera catalana, y otros por la vasconavarra. En total, pasaban de un millar los comprometidos en París. En el resto de Francia serían otros tantos, si no más. Pero en París se quedó la tercera parte de los revolucionarios; entre ellos algunos de los más significa-

dos, como Massoni. Durruti—esta vez sin su inseparable Ascaso—salió con Riesgo, el dependiente del Hogar Vegetariano, antes que ninguno de los grupos.

Marcharon juntos Martín Sánchez, Manzanedo, Izaguirre y veintitanos más. Las armas cortas, guardadas en el Hogar Vegetariano y en la Casa de los Sindicatos, se repartieron en cajas y se metieron en las maletas de varios expedicionarios. Cuando faltaban unos minutos para la salida del tren llegó, resoplando, Gil Galar, con la maleta en la mano y una decena de fusiles, también mal arropados, en una harpillera y sujetos por una argolla, en la otra.

—¿Dónde vas, hombre?—le preguntó el portero de la estación.—¿No ves que te van a quitar eso y te van a detener?

—¿A ti qué te importa?—bramó Gil Galar, tratando de pasar al andén.

Pero el empleado le contuvo.

—Con eso no entras. Mira que soy un camarada, y lo hago por vuestro bien.

Convencido Gil Galar, miró a un lado y a otro, y echó los fusiles sobre las piernas de un viejo que dormitaba acurrucado, frente al despacho de billetes. El dormitante se despertó sobresaltado, vió los cañones de los fusiles asomando por entre la harpillera, y huyó despavorido. Un policía recogió las armas, trincó al viejo y se lo llevó, después de esposarle las muñecas.



Otro aspecto del Consejo ante el cual comparecieron Martín Sánchez (1) y Gil Galar (2).

HACIA BAYONA

En el tren, los anarquistas se esparcieron por diferentes vagones. Hubo cuatro que no quisieron separarse. Eran vegetarianos tan fanáticos que preferían morirse de inanición a comer carne o pescado y llevaban para nutrirse, hasta que pasaran la frontera, tres cestos de manzanas.

En casi todas las estaciones subían algunos comprometidos. Al llegar a Bayona descendieron todos. Allí estaba prevista una gran concentración y se esperaba encontrar gran cantidad de armamento, procurado por Julián Santillán, en quien se fiaba como uno de los jefes de la invasión libertaria. Santillán había sido guardia civil, y, por haber servido en la frontera, conocía perfectamente los accesos a España que podían utilizar los anarquistas. Cincuentón, tenía el aspecto de trabajador de un oficio en el que no necesitara ensuciarse ni encallecerse las manos, como guarnicionero. El pelo gris, el rostro sin arrugas, no se le borraba de los labios una sonrisa toda placidez. Jamás se exasperaba ni hablaba en alta voz. No se le oía tampoco quejarse de su suerte, tan infortunada que tenía que trabajar como frenglados en un restaurante de Biarritz para poder subsistir él y su madre, muy anciana.